



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La unificación europea ante la globalización

Autor: Levi, Arrigo

Forma sugerida de citar: Levi, A. (1995). La unificación europea ante la globalización. *Cuadernos Americanos*, 5(53), 179-189.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 53, (septiembre-octubre de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA UNIFICACIÓN EUROPEA ANTE LA GLOBALIZACIÓN

Por *Arrigo LEVI*

SOCIEDAD EUROPEA DE CULTURA

1

FRONTAR EL TEMA DE LA UNIFICACIÓN EUROPEA ante la globalización, exige la definición preliminar de los dos términos puestos en relación: unificación europea y globalización. Ambos adolecen de la imprecisión que habitualmente contienen las expresiones que quieren sintetizar grandes eventos históricos. Baste recordar que el proceso de unificación europea fue puesto en marcha inicialmente por sólo seis países y que hoy engloba a la casi totalidad del continente. Se ha hablado durante mucho tiempo de Mercado Común, después de Comunidad Europea y hoy de Unión Europea. Cada una de estas instituciones o conjunto de instituciones transnacionales y, en parte, supranacionales, ha estado y continúa estando en perpetua evolución. Hoy existe un tratado, el Tratado de Maastricht, que deberá conducir no sólo a una moneda europea sino también a un Banco Central europeo y potencialmente al nacimiento de una política exterior y de una política de defensa europeas. Todos sabemos cuántas han sido las dificultades de este proceso de "ahondamiento" que va acompañado de un proceso de "alargamiento", al que quieren asociarse también, y de hecho se van asociando en formas diferentes, muchos de los países de la Europa centro-oriental, antes incluidos en el área de influencia de la Unión Soviética. Para los más ambiciosos la Unión Europea conducirá a un futuro Estado federal europeo. Para los más prudentes, preocupados por salvaguardar la identidad y las estructuras de los antiguos Estados-naciones, que todavía cuentan con la fidelidad y la adhesión de sus poblaciones, la Unión Europea continuará siendo, por largo tiempo, mucho menos que un Estado federal aunque todos acepten que hoy la Unión, y todavía más en el futuro, es mucho más que una simple unión aduanera o zona de libre intercambio.

EL proceso de unificación todavía se está realizando. Su progreso y su resultado dependerán de la confrontación entre fuerzas políticas, culturales y económicas poderosas, que ahondan sus raíces profundamente en la historia: el deseo de paz universal, el recuerdo de una unidad cultural antigua (de la que forman parte el antiguo mundo romano, las tradiciones cristianas, el Sacro Imperio Romano-Germánico, el Renacimiento, la Ilustración) pero también la conciencia de que, al mismo tiempo, la confrontación entre tantas naciones, parecidas y diferentes, ha provocado terribles conflictos. Estos conflictos se han prolongado durante siglos y en la última centuria han envuelto al mundo entero en las que han sido definidas Primera y Segunda Guerra mundial y guerra fría.

El movimiento europeo, en su ambicioso objetivo de unir todo el Continente, tiene también su origen en el reconocimiento de que el protagonismo de Europa en el panorama global de los últimos siglos terminó por "globalizar" los conflictos internos del Viejo Continente: les había dado una dimensión mundial agravando con ello las consecuencias para Europa y para el mundo. En este sentido el desafío de la "globalización" está presente desde el inicio en el gran diseño de la unificación europea, siendo una de sus profundas razones. Pero la relación entre Europa y el "sistema global" es muy complicada. El proceso de globalización, en su significado más elemental de creación de relaciones de interdependencia entre todas las naciones del globo, ha sido puesto en marcha precisamente por la Europa moderna, desde el momento que proyectó su poder sobre todos los continentes. Los grandes imperios coloniales europeos, que habían adquirido su máxima extensión durante el siglo XIX, se habían repartido el mundo pero también lo habían unificado como nunca antes lo había estado en la historia. La crisis, el final de los grandes imperios coloniales europeos de dimensión global, es tanto hija del triunfo como del fracaso de la civilización europea. Nace de la difusión mundial de los ideales europeos de democracia y de autodeterminación de los pueblos, así como de los desastrosos efectos provocados por las luchas de poder entre los Estados europeos. Europa es a la vez madre y madrastra de la globalización política. Los progresos científicos y tecnológicos que unifican material y económicamente el planeta, tienen su fundamento en la civilización europea. Sin embargo, el movimiento europeo es también una respuesta a los fracasos de una globalización "imperialista" y

hegemónica que había provocado conflictos terribles. La unificación europea es el resultado de una historia gloriosa y trágica. Es la síntesis de los ideales de Europa, pero también la respuesta que los pueblos europeos intentan dar a las tragedias originadas por su historia.

3

Así pues, las relaciones entre unificación europea y globalización son intrínsecas, complejas y con raíces antiguas. He citado en otras ocasiones un fragmento de *La Paz Perpetua* de Kant, un escrito profético de hace exactamente dos siglos, de 1795 y, por consiguiente, del inicio de la era de la hegemonía europea en el mundo. Se trata de un fragmento en el que se dice que “la comunidad —más o menos estrecha— que ha ido estableciéndose entre todos los pueblos de la tierra ha llegado ya hasta el punto que una violación del derecho cometida en un sitio repercute en todos los demás”. La “paz perpetua” entre repúblicas libres, que se obtendrá mediante la construcción de una “federación de Estados libres”, aparecía ya en Kant como la única alternativa al Estado de carácter hobbesiano, es decir, del *bellum omnium contra omnes*, a escala global. En esta perspectiva, la unificación de los pueblos europeos aparece también, para los pensadores y políticos que la han soñado y que han trabajado arduamente para ella, como premisa necesaria para la paz universal. Si reinara la paz entre los poderosos, orgullosos y ambiciosos pueblos del continente europeo, mayores posibilidades tendría de existir en el mundo entero. El último conflicto intraeuropeo, que hemos llamado “guerra fría”, con sus contenidos nacionalistas e ideológicos y su proyección natural sobre todo el escenario mundial, ha confirmado de nuevo que sin paz en Europa no habrá paz en el mundo. Pero es cierto que la paz en Europa (y por desgracia ni tan siquiera hay paz en Europa actualmente, bien lo sabemos), no garantiza necesariamente la paz en el mundo: el breve recorrido de la “posguerra fría” está ahí para demostrarlo. Sin embargo, todos los conflictos tienen y tendrán un potencial menos destructivo si hay y sigue habiendo paz y cooperación entre las grandes naciones europeas. Así pues, la unificación europea es un proceso que tiene que contribuir a disminuir los males del mundo y a reducir los efectos nefastos de los conflictos, allí donde estallen. La unificación de Europa es, en resumen, la condición necesaria de un proceso de “globalización” pacífica.

LLEGADOS a este punto, es oportuno intentar definir mejor las formas y los contenidos de la globalización, tal como se está llevando a cabo, más allá del significado original de "interdependencia global" que se encontraba, hace ya dos siglos, en el centro de la reflexión de Kant. Cuando hoy se habla de globalización se piensa probablemente en diversos procesos paralelos y sin embargo distintos: la unificación política, la económica y la cultural que avanzan por vías separadas y a velocidades diferentes. Al afrontar el tema de la unificación europea ante la globalización, es necesario tener presente esta distinción ya que el efecto de estos tres aspectos en el proceso de la unificación europea no es el mismo. En cada uno de estos aspectos la globalización es imperfecta, inacabada, como puede demostrarlo incluso un análisis sintético y superficial.

LA globalización política se expresa, sobre todo, en la creación y la evolución de entidades políticas transnacionales y supranacionales, algunas de ellas de alcance tan sólo regional o continental; otras, de alcance efectivamente global. La ONU, a punto de contar con doscientos miembros, es decir, la casi totalidad de los países, es la más ambiciosa de las estructuras emergentes de "gobierno" de los asuntos mundiales. La ONU ha ido aumentando gradualmente en los últimos años el marco de sus competencias, que en parte habían sido ya previstas en su Estatuto pero que sólo ahora se están concretando. Sin embargo, es necesario constatar que este aumento pone proporcionalmente en evidencia los límites de sus poderes y de sus instrumentos operativos. De esta manera, conflictos en los que están implicados solamente pueblos de dimensiones reducidas (como en la ex Yugoslavia, por ejemplo), escapan a su control y a su capacidad para conducirlos a una conclusión pacífica, a pesar de que su órgano superior de gobierno, el Consejo de Seguridad, represente a todas las grandes potencias de la tierra. La realidad es que la ONU aún no es otra cosa que la suma aritmética, o quizá tendríamos que decir algebraica, de los países que la componen. Tiene objetivos e ideales propios, con los cuales quiere representar y expresar los sueños de toda la humanidad, pero de hecho es un instrumento de la política de los Estados y frecuentemente sólo una sede de confrontación de sus estrategias y ambiciones. De la misma manera,

las organizaciones políticas regionales como la Unión Europea o la CSCE (hoy OSCE), la OTAN, la Organización de los Estados Americanos u otras, cuya existencia y acción están previstas en el Estatuto de la ONU, son cada vez más sede de debates y de negociaciones en lugar de centros de decisiones operativas.

A partir del final de la guerra fría, la ONU ha desarrollado operaciones para salvaguardar la paz e incluso imponerla en diversas partes del mundo. Pero a esta estructura en embrión de "gobierno" mundial se superpone y, a menudo se opone, la realidad de un nuevo cuadro global de "equilibrio entre las potencias" que recuerda el clásico de la Europa del siglo XIX. Las grandes potencias de hoy son al menos cinco (Estados Unidos, Rusia, China, Japón y Europa) y entre ellas existe una trama de alianzas, de integraciones imperfectas, de negociaciones continuas en sedes apropiadas (como la Cumbre de los Siete, hoy de los Siete más Uno, o el Consejo de Seguridad de la ONU) pero cada una de estas grandes potencias (de las cuales Europa es la más "imperfecta" por cuanto se refiere a su identidad), a pesar de ser conscientes de la dimensión global del juego político, actúan todavía según la antigua lógica de los Estados soberanos poniendo, a fin de cuentas, sus propios intereses por encima de todo. La existencia de fuertes lazos, que se han formado durante las guerras de nuestro siglo entre la Europa democrática y los Estados Unidos, que son su proyección histórica (este 'Nuevo Mundo' que el 'Viejo Mundo' reconoce hoy, no sólo como hijo, sino como fundamental punto de apoyo y como un *leader* en las vicisitudes de la historia contemporánea) continúa apareciendo como un necesario elemento de orden y de estabilidad de la nueva "balance of power" del año 2000. Sin embargo, existen temores respecto a la solidez de esta relación vital.

Ante esta globalización imperfecta del juego político, Europa, en fase de unificación creciente pero siempre imperfecta, aparece quizá, a pesar de la enormidad de sus medios y de las riquezas de que dispone, como el *partner* más débil: un conjunto de pueblos que no consiguen proyectar a escala global la fuerza de sus medios y de sus ideales (ni tampoco de sus intereses). A la Europa política, frente al cuadro global contradictorio que hemos descrito, le cuesta trabajo conseguir el papel de protagonista, como paradójicamente lo eran los Estados europeos en la era de la división. Incluso el equilibrio entre las potencias (comprendida la Alianza Atlántica), resulta menos estable a causa de la indeterminación de la identidad y por consiguiente de la política y de la estrategia de esta Europa,

aún a mitad del camino en el proceso de la unificación. Le es difícil actuar sin liderazgo norteamericano, que se manifiesta cada vez menos y con mayores vacilaciones de antes, cuando la guerra fría ponía en peligro la supervivencia de las democracias. Volver atrás, a la era de las políticas nacionales de las potencias europeas es impensable, pero ir hacia adelante, hacia una política "nacional" paneuropea parece, por el momento, casi irrealizable. El malestar y la frustración de nuestros pueblos en esta época de transición ante el desafío de la globalización política es grande.

6

LA globalización económica forma parte de la vida de nuestro tiempo, se encuentra en la naturaleza de las cosas, pero a la vista del observador así como a la de los gobiernos, se presenta como algo inacabado y desigual. La Unión Europea, y anteriormente la Comunidad Europea, han sido maestras y protagonistas del proceso de eliminación de las fronteras económicas, de las barreras aduaneras y arancelarias, barriendo los obstáculos para la libre circulación de los capitales en el mundo. Según mi opinión, sin la capacidad de los países europeos para unificarse económicamente sin cerrarse al resto del mundo, los dos desarrollos paralelos, es decir, la globalización y la regionalización hoy en curso en todos los continentes, serían mucho más contradictorios de lo que son. Es más, los hombres que llevan las riendas de las grandes organizaciones económicas globales, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la recién creada Organización Mundial del Comercio, no estiman que las organizaciones económicas regionales como el TLC o el Mercosur, en las Américas, por no citar la Unión Europea, con su abundancia de vínculos continentales e intercontinentales, sean necesariamente enemigos del proceso de globalización. Existen buenas razones para esperar que las organizaciones regionales resulten ser fases intermedias hacia la globalización.

Otras contradicciones y discontinuidades del proceso de globalización económica aparecen quizá como más preocupantes. Hemos asistido a una "globalización explosiva" del mercado de los capitales que puede provocar y ha provocado efectos de grave alteración en los mercados de divisas cuya estabilidad es una premisa necesaria para el desarrollo económico general. El ingreso en el mercado global de Estados y regiones hasta hace poco excluidos (China, ex URSS e India), que representan entre 2 000 y 3 000

millones de personas, y que se están asociando a la libre circulación de capitales y mercancías, abre perspectivas estimulantes de desarrollo para la gran mayoría de las poblaciones del globo. Pero quedan excluidas de este proceso vastas regiones y continentes enteros (extensas zonas de América Latina y Asia, así como prácticamente todo el continente africano), con el resultado de que la separación entre los ricos y los pobres del mundo aumenta en lugar de disminuir. Pero también el ingreso de nuevas naciones en el área del desarrollo amenaza con causar efectos desastrosos al ecosistema global. ¿Qué posición toma la Unión Europea ante los desafíos que nacen, necesariamente, de un proceso económico de globalización por otra parte tan prometedor?

7

Los problemas que conciernen y preocupan más directamente a la Unión Europea, en su configuración actual, son evidentemente los de las regiones vecinas, al Este y al Sur del núcleo fuerte de la Unión. La respuesta que la Unión ha dado a las exigencias de los países europeos que formaban parte del bloque soviético y que se encuentran a diferentes puntos del recorrido de la "conversión" (técnicamente hablando) hacia la economía de mercado, del capital y de la propiedad privada, ha sido juzgada por muchos como egoísta y miope. Es posible que estas críticas sean en parte justas. Pero es inútil negar que la globalización de la economía y sobre todo el hecho de que los capitales circulen hoy libremente a escala global, presenta problemas y crea peligros por lo menos a corto plazo, a los países con una industrialización más antigua, que corren el peligro de perder sectores productivos enteros en favor de países en los que los niveles salariales y sociales son mucho más bajos y en los que el costoso respeto de las exigencias ecológicas es, quizá, totalmente ignorado. A largo plazo, la llegada de estos países al mercado global con el consiguiente aumento de la demanda de bienes instrumentales y de consumo, abre de nuevo horizontes y posibilidades a los países más avanzados tecnológicamente. A largo plazo, la globalización aruncía para todos un bienestar antes impensable. A corto y mediano plazo, sin embargo, los problemas y los riesgos existen también para los países emergentes, cuyas industrias tradicionales se arriesgan al colapso mientras sus nuevas industrias pueden no poder sostener la competencia de los productos originarios de los países más avanzados. Para la Unión Europea y para todos los

países económicamente más desarrollados, la globalización representa una gran oportunidad. No en vano ellos han sido los iniciadores y los motores de las organizaciones mundiales que intentan guiar y regular estos procesos en beneficio de todos. Pero toda ocasión puede representar un riesgo; una ocasión se puede perder. Quien más posee, quien más puede, tiene también mayores responsabilidades hacia los que poseen y pueden menos. Sería necesaria una gran carga de optimismo para afirmar que Europa y, en general, el Occidente asumirán esta responsabilidad en el mejor de los modos.

8

AL final de un análisis basado lo más posible en los hechos (dentro de los límites de una exposición necesariamente sintética y, temo, superficial de fenómenos tan complejos) querría reservar algunas reflexiones al reto que representa la globalización en general y la "globalización cultural" en particular, para la política de la cultura, como la entiende la Sociedad Europea de Cultura. Es más evidente que nunca por qué nosotros somos Sociedad Europea de Cultura y no Sociedad de Cultura Europea: somos europeos que proyectan el ideal de una política de la cultura en un horizonte que se extiende mucho más allá de Europa, que tiene como límite el mundo. La Sociedad Europea de Cultura (como lo demuestra la colección de *Comprendre*, rica en volúmenes dedicados a los países extraeuropeos, a sus problemas y a sus culturas), tiene una larga e ilustre historia de estudios y apertura a los problemas de continentes y culturas lejanas y diversas de la nuestra. Así pues, no puede sorprendernos la constatación de que la globalización, más allá de las manifestaciones políticas y económicas de las que he hablado hasta ahora, sea también una confrontación entre tradiciones y escuelas de pensamiento diversas. Y es un hecho que hoy (a pesar de que "globalización" signifique a menudo "occidentalización" y "europeización") exista una conciencia más amplia y un mayor respeto instintivo del "multiculturalismo" de la sociedad global en que vivimos.

Proponiendo celebrar una futura Asamblea General de nuestra sociedad en los Estados Unidos, nuestros amigos norteamericanos nos han informado de la intensidad de los debates que se desarrollan en una sociedad multinacional como la norteamericana y que tienen por objeto los límites de lo que algunos llaman "eurocentrismo", en el ámbito de la literatura, de la historia, del

arte, de la filosofía y de la religión. Un documento, cuyo autor es nuestro profesor Nelson, nos invita a tener en cuenta el hecho de que en Estados Unidos se pone en tela de juicio "la validez e importancia de las tradiciones culturales europeas entre las jóvenes generaciones americanas", que en parte se reconocen en tradiciones diferentes a causa de emigraciones de origen no-europeo.

Aunque el adjetivo "europeo" en la denominación de nuestra institución se refiera —lo repito— a "Sociedad" y no a "Cultura", es evidente que nuestra visión particular de la función de la "cultura" en la elaboración de una política y filosofía de la cultura particulares, tiene sus raíces en la tradición europea. La idea misma de que la cultura pueda expresar una visión autónoma del mundo, independientemente de los Estados o de las jerarquías políticas e incluso culturales y religiosas de cualquier tipo, pertenece típicamente a las tradiciones históricas y culturales europeas.

Creo que se puede afirmar que los primeros "políticos de la cultura" han sido por una parte, los profetas de Israel, por la otra, los filósofos griegos. Esta afirmación refleja también un cierto "eurocentrismo" por parte de quien les habla y de la mayor parte de los miembros de esta sociedad. Nos parece que profetas y filósofos, hablando en nombre de Dios y de la Razón, nos han enseñado, a nosotros que descendemos de ellos, pero también a todos los pueblos de la tierra, a buscar el camino de la verdad en plena independencia de la voluntad de los poderosos: a pesar de que ello significara estar dispuestos a beber la cicuta o a afrontar persecuciones. Yo pienso que estas ideas han sido los cimientos de la civilización europea e, incluso, de la supremacía global de Europa en los últimos siglos.

9

PERO como europeos tenemos que tomar nota de que otros pueblos, otras culturas, otras tradiciones de pensamiento, adoptan, en este mundo verdaderamente "globalizado", actitudes contradictorias e inciertas hacia el "reto" de la supremacía cultural europea. Hay quien habla del mundo de hoy como de un mundo en el que prevalece o prevalecerá un "choque de civilizaciones" aunque no existan civilizaciones extraeuropeas que no hayan sido, en diferentes niveles, "europeizadas" u "occidentalizadas". Las ideas dominantes hoy en el escenario mundial —las ideas de democracia, libertad, autodeterminación de los pueblos, libre mercado—, son

todas, por su origen, ideas europeas. Pero —no lo olvidemos— eran igualmente europeas las ideas o ideologías perdedoras: totalitarismo, comunismo, autarquía y proteccionismo, chauvinismo. Esta reflexión debe ser suficiente para inducirnos a afrontar con un poco de humildad el reto de la globalización también en el plano de la cultura, de las ideas. ¡No!, precisamente nosotros no podemos cerrarnos frente a los desafíos del “multiculturalismo” ni negarnos a poner en discusión incluso las ideas más entrañables como la de política de la cultura y filosofía de la cultura, confrontándolas con concepciones que nos parecen profundamente diversas y a primera vista inconciliables con nuestro universalismo o con nuestros ideales de tolerancia y de diálogo ecuménico. El globalismo es un reto para la Unión Europea. Es también un reto para la cultura europea e incluso para la Sociedad Europea de Cultura.

Tenemos que proponernos hacer frente a este desafío, como por otra parte lo hemos hecho en el pasado, en un mundo que estaba mucho más dividido que actualmente y mucho menos marcado por el fenómeno de la globalización. Hacer frente a un reto quiere decir, según la visión que nosotros tenemos de las tareas de una comunidad de intelectuales, salir a su encuentro —como es característico en la investigación cultural y en su terreno— sin esperar que sea él quien viene a buscarte y sin permitir que la confrontación de ideas se transforme en choque de políticas. Es por eso que hemos encontrado especialmente interesante la proposición de hacer de esta confrontación con otras tradiciones culturales, el tema conductor de la proyectada Asamblea General que se celebrará en los Estados Unidos: para Europa y para la Unificación Europea, el “globalismo” puede representar, ya ahora y más aún en perspectiva, un reto al “eurocentrismo” en todos los campos, incluso en el del pensamiento y la filosofía de la historia.

Saber que existe este reto no significa absolutamente estar dispuestos a abandonar nuestras raíces: al contrario, el desafío nos lleva a ser más conscientes y a querer cultivarlas con mayor cuidado. Para mí es evidente —y ésta será mi conclusión— que una “cultura” refleja el cuadro político e institucional en el que ella madura, en el momento en que ella se propone influenciarlo y corregirlo.

Por mi parte creo que la perspectiva exaltante de una unificación política, además de económica, de Europa —que hoy en día ya no es utópica— abarcando toda el área geográfica y todas las tradiciones culturales (y ¿quién podría excluir ciudades como San Petersburgo y Moscú y todo el espacio que nos separa de ellas?)

ofrece también la base estructural —en realidad la única necesaria y posible— para la elaboración de un pensamiento y de una acción europeos en la era de la globalización. Quien era un europeísta convencido durante la “guerra fría” (para vencerla y superarla), debe serlo todavía más en la nueva fase de la historia. Ya que esta fase que se abre ante nosotros, cuando el siglo y el milenio están a punto de terminar, es fluida, llena de contradicciones y de peligros pero también de esperanza.

Traducción de Luisa Ibáñez